

tin y de los tributos anualmente pagados al rey, poseemos algunas noticias que se conservan en los fragmentos de los anales de Tutmosis III dibujados en las paredes del templo de Karnak y en la biografía del capitán Amemnehebi, enterrado en Tebas, que se distinguió mucho en las posteriores luchas y fué recompensado varias veces con «el oro.» Estos datos, sin embargo, no bastan para formar una narración coherente; y aun llega á ponerse en duda, dada la manera como se yuxtaponen las noticias aisladas, si estas se refieren á un mismo suceso ó á acontecimientos análogos pero ocurridos en distinto tiempo. A esto hay que añadir que algunos de los nombres geográficos no están fijamente determinados (1), por lo cual no siempre se sabe dónde se han sostenido las luchas.

El «gran país de los chetas,» situado al Norte de Palestina, en el alto Orontes, opuso tenaz resistencia al rey, el cual más de una vez atacó á la capital, Qadesch, talando sus bosques y arrancando sus campos hasta que fué tomada por asalto (2). Desde entonces el rey cheta pagó regularmente su tributo. Ya anteriormente Tutmosis había avanzado más hacia el Norte penetrando en el país de Naharain, y en su quinta campaña, en el año 29, tomó á Tunip, al Norte de Alepo, é hizo prisionero al príncipe de la ciudad. Otra vez invadió el país del río y combatió en Karkamisch, junto al Eufrates, y en el territorio montañoso de U'an, al Oeste de Chaleb (Alepo). En el año 33 venció al rey de Naharain y erigió dos tablas de victoria, una al Este del Eufrates y otra junto á la inscripción de su padre Tutmosis I; luego descendió por el río para apoderarse de las poblaciones hostiles de sus riberas y asolar sus campos, regresando después con muchos prisioneros y llegando á la ciudad de Nii (3), junto á la cual «puso una piedra fronteriza, pues había ensanchado el territorio de Egipto.» El rey se entregó también allí á los placeres de la caza, cogiendo nada menos que 120 elefantes, pues en aquel tiempo estos animales abundaban todavía en el Norte de Siria, según lo demuestran las inscripciones y dibujos así asirios como egipcios.

Por otro lado, todo el territorio costanero fenicio fué completamente sojuzgado por los egipcios. De regreso de la campaña de Tunip, los vencedores asolaron los campos y las plantaciones de la población marítima de Arados, la cual sufrió la misma suerte al año siguiente, lo propio que la vecina Simyra (Zamar). En los demás territorios los fenicios se sometieron espontáneamente como en tiempo de Tutmosis I: para ellos, lo principal era asegurar sus colonias y el tráfico mercantil con los poderosos reinos continentales, que les ofrecían grandes mercados para sus productos sin que nadie pudiera hacerles competencia. Esto explica por qué el rey de Chipre pagaba también con regularidad su tributo, que consistía principalmente en grandes cantidades de cobre, y por qué «las islas del gran mar» reconocieron la soberanía egipcia. Repetidas veces se asegura que «todos los países ocultos y todas las islas de los fenchus» estaban sometidas al rey, pero si bien es cierto que se habla de sus tributos, cabe sospechar si la jactancia de los egipcios convertía en tributos lo que en realidad eran géneros obtenidos por medio del co-

(1) No puede fijarse exactamente, por ejemplo, el país de Arrech, que en el año 38 paga un tributo consistente en esclavos, cobre y cedros. El mismo país de Zahi, tan á menudo citado, designa, al parecer, en tiempo de Tutmosis III una parte fijamente circunscrita de Siria, mientras que posteriormente el mismo nombre se aplicó á toda la Siria. Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 43 a, y debajo línea 2, dice que en tiempo de A'ahmes, Zahi designaba el territorio de Scharuhan.

(2) De estas luchas refiere Amemnehebi un extraño episodio de un caballo que los enemigos lanzaron contra los egipcios. Este suceso no aparece bastante claro.

(3) Está situada en el Alto Eufrates: anteriormente se la tomaba equivocadamente por Nínive.

mercio. Es indudable que los egipcios percibían de los buques derechos de puerto (4), pero en cambio puede dudarse de que un egipcio pisara las lejanas colonias del mar.

Estos triunfos extendieron el poderío egipcio hasta el Eufrates y hasta la montaña Amanos: una larga lista enumera los lugares que allí reconocieron la soberanía del rey. Los egipcios no consiguieron nunca traspasar estos límites, por más que entre los súbditos se mencione algunas veces á los cilicios (en egipcio *charka*, léase *chalka*) y á pesar de que en el año 33, como antes lo había hecho el rey de Assur, el rey de Sangar—probablemente Singara en Mesopotamia, al Este de Chaboras—enviara grandes cantidades de lapislázuli. Que esto no era un tributo nos lo demuestra el hecho de que los presentes de estos Estados no se repiten en las largas listas que hasta nosotros han llegado, además de que está probado que Tutmosis, en el caso de haber pisado la orilla izquierda del Eufrates, no avanzó gran trecho por sus territorios. Por otra parte, faltaba todavía mucho para que pudiese considerarse la Siria como completamente pacificada, pues de continuo estallaban nuevas rebeliones que era preciso sofocar. En el año 35 el rey tuvo que luchar nuevamente en Naharin, y en el 39 contra los beduinos schasus de la península del Sinaí y luego en Negeb, el distrito más meridional de Palestina. Las luchas se reprodujeron muchas veces en el territorio de Anaugas, habiéndose también sublevado Tunip y Qadesch. En cuanto á otros lugares, como la ciudad de Anertu, en la orilla del lago Merna (en Palestina), que en el año 31 fué «tomada como objeto» y saqueada, ó como el territorio de Senzar, donde luchó Amemnehebi, no sabemos con exactitud dónde hemos de buscarlos.

Los hechos citados, que serían más abundantes á no estar tan mutilado el material de que disponemos, demuestran que los egipcios solo en parte consiguieron encadenar sólidamente á su imperio los países conquistados y no pudieron establecer en aquel tan dividido país una organización unitaria como la que tenía el estrecho valle del Nilo. Ciertamente que se pusieron guarniciones militares en los puntos más importantes, pero por lo demás los príncipes de las ciudades indígenas con su nobleza, llamada Marina, conservaron su antigua situación al frente de las poblaciones, procurándose por todos los medios encadenarlos personalmente á Egipto. Cuando el Faraon se dirigió á Siria, se le presentaron todos ellos para aportarles los tributos de sus distritos: á veces también la hija de algún príncipe de Rutenu pasa á formar parte del harem del rey y otras los sucesores de aquellos tronos son conducidos con gran séquito como rehenes á Egipto para vivir allí hasta que la muerte de sus padres los llamara de nuevo á su patria. El objeto principal de los egipcios era naturalmente explotar cuanto pudieran los países conquistados. Los caudillos entregaban anualmente á Egipto grandes tributos en plata, platino, oro (5), esclavos, caballos, bueyes, reses menores, cereales, aceite, vino, madera para construcciones, marfil, cobre, hierro y otros metales, animales notables como osos y elefantes, carros, armas y utensilios domésticos de toda clase, especialmente cántaros preciosos. Además de esto los egipcios percibían así en su patria como en las provincias un fuerte impuesto sobre los productos del suelo. «Los campos eran medidos por los agrimensores de la real casa para calcular lo que producían.» «El producto del suelo del país

(4) En un trozo de anales, desgraciadamente muy destruido (Lepsius: *Piezas escogidas*, 12, 58), se habla una vez de los buques de Kaft (Fenicia) y de Kepni (probablemente Biblos).

(5) Estos tributos se percibían, como se deduce de los números, según el sistema de pesas que existía en el Asia anterior y luego eran reducidos por los egipcios á su propio sistema. Véase Brandis: *Sistema monetario de medidas y de pesas*.

de Rutenu en granos, incienso, aceite, vino, fruta y demás era debidamente declarado y transmitido á la casa de plata para el exámen de los impuestos.» Por esto en tiempo de Amenhotep III el director de almacenes Cha'emhat presentó una memoria al rey sobre «las rentas de todo el país de Kusch hasta las fronteras de Naharain» (1). Además las plazas de guarnición del país cuando el rey pasaba por ellas debían estar provistas de los víveres necesarios para atender á la completa manutención del ejército. Los últimos impuestos, dice Tutmosis III, estaban especificados en una tabla destinada á la «casa del rey;» en cambio, aquel no quiso que se consignaran en la inscripción de sus anales en las paredes del templo, porque esto hubiera exigido muchas palabras. Al frente de toda la administración de las provincias asiáticas estuvo, al parecer, un empleado llamado Dhuti, que se titula «director de los países septentrionales» y «funcionario del rey para todos los países é islas del gran mar,» y que «llena los almacenes de lapislázuli, plata y oro» (2). La tradición nos ha conservado algunos datos respecto de este personaje: una narración legendaria de posteriores tiempos dice que á pesar de la enérgica resistencia que le opuso el caudillo de Joppe, consiguió tomar esta ciudad, apelando para ello á la estratagemas de fingir pasarse al enemigo y de introducir en la ciudad á sus soldados, disfrazados de esclavos unos y metidos en grandes cántaros otros.

Las tumbas tebanas del tiempo de Tutmosis III y de sus sucesores nos demuestran que los magnates del rey recibían los tributos de Rutenu, Kaft (Fenicia) y de todas las islas del gran mar, como también los de Nubia, Punt y oasis libios. Estas inscripciones son para nosotros importantísimos monumentos de la historia de la civilización, pues á ellos debemos el poder echar una ojeada sobre la cultura y el arte antiguos de los países sirios y de las lejanas islas fenicias.

No se sabe á punto fijo si Tutmosis III emprendió Nilo arriba las campañas que había llevado á cabo en Asia; esto no obstante, parece que también por este punto avanzaron las fronteras del imperio: la ciudad de Napata, más abajo de la cuarta catarata, estaba en poder de los egipcios y es posible que el poder del rey se extendiera aun más allá, hasta el Sudan. Pero en ninguna parte consta que el monarca luchara en estos territorios, siendo muy posible que una parte de ellos, por lo menos, fuese conquistada por su hermana. En las paredes del templo de Karnak mandó poner el rey, como reverso de la lista de los lugares de Rutenu, una larga «lista de los países meridionales y de los pueblos núbios que fueron vencidos y derrotados por él:» «nadie conoce el número de ellos.» Pocos son los nombres que pueden identificarse (3), pero entre ellos figuran algunos de países hacia tiempo pacificados, como por ejemplo Uauat y Arma, en alguno de los cuales pudo sin embargo surgir alguna vez una tentativa de rebelión, y además el de Punt, que en realidad nunca había sido sojuzgado. Es indudable que Tutmosis III mandó reunir allí el mayor número posible de nombres de todas las tribus meridionales con las cuales habían estado en contacto los egipcios, apareciendo también entre ellos algunos nombres libios aislados, como el de los tehenus, que habitaban en la comarca desierta situada al Oeste del Egipto que después se llamó Marmárica. Que las tribus nómadas aceptaran la so-

(1) Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 77 c.

(2) Véase el título en Maspero, en el *Journal asiatique*, 7.^a serie, tomo XII, pág. 113, como apéndice á su introducción de la relación de la toma de Joppe.

(3) La tentativa hecha por Mariette para encontrar entre ellos algunos territorios de Abisinia y de la costa de los somalis, ha sido considerada generalmente como fracasada. Los egipcios no llegaron nunca al inaccesible país montañoso de Habesch.

beranía del Faraon, es cosa que fácilmente se comprende: lo propio encontramos expresamente dicho respecto de los habitantes de los oasis, así del gran oasis de Kenemt como de los remotos «campos de palmeras datilíferas» de la actual Siwa (Ammonium de los antiguos).

Por los anales del rey vemos que los países de Kusch y de Uauat seguían pagando como antes sus tributos, de la misma manera que las provincias sirias. Estos tributos consistían en esclavos negros, bueyes y becerros, oro nubio, dientes de elefante, animales y pieles raras y artísticos enseres domésticos. Algunas veces los caudillos entregaban además á sus hijos en rehenes, como lo hizo por ejemplo con el suyo el príncipe de los Armas. «En esto no se incluye,—dice repetidas veces la inscripción,—lo que traían los buques cargados de marfil, ébano, pieles de pantera y otros preciosos productos,» es decir, lo que se importaba en Egipto en calidad de géneros de comercio. A juzgar por este párrafo, parece que el comercio con los países sojuzgados era monopolio del rey.

Al lado de los tributos de los países meridionales africanos se citan los géneros (4) de Punt, sobre todo el incienso y el oro, lo cual prueba que la navegación por el mar Rojo se hacía con regularidad. Además seguían exportándose de allí el marfil, el ébano y los animales raros.

Era realmente poderoso el imperio que Amon-Ra había puesto á los pies del rey, pudiendo decirse que otro igual no había existido en cuanto alcanzan las noticias históricas. Extendíase desde el «cuerno de la tierra» (5) ó desde el país negro de Kari, en el Sudan, «hasta la gran agua de Naharain» y su poder era reconocido en las costas é islas del mar Egeo y en aquellos puntos del lejano mar occidental hasta los cuales habían llegado los fenicios. En un grandioso himno que se ha conservado en una lápida de Karnak, manifiesta el rey de los dioses Amon Ra los beneficios que dispuso á su soberano predilecto. «Te concedí poder y victoria sobre todos los pueblos, é hice que te temieran todas las naciones y que el espanto causado por tu presencia llegara hasta los cuatro apoyos del cielo. Dentro de tu puño sujetas á los príncipes de todos los pueblos; te até como prisioneros á los nubios por decenas de millares y por millares á los pueblos septentrionales por centenas de millares. Hago que tus enemigos caigan bajo tus plantas, tú derrotas á las huestes de tus adversarios del modo que yo te mando. Toda la tierra en su longitud y latitud, los habitantes del Oeste y del Este son vasallos tuyos. Con el corazón alegre penetras en todos los países que nadie ha pisado en tu tiempo: soy tu guía para que llegues á ellos y para que recorras vencedor y poderoso la gran agua de Naharain. Yo ordeno que oigan tu grito de guerra y que éste llegue hasta sus antros. El brillo de mi corona puesta sobre tu cabeza los devora, arrastra prisioneros por los cabellos á los qedis (6), devora con su llama á los habitantes de los puertos (?) (7), corta las cabezas de los amus (sirios) que no pueden huir. Hago penetrar tus victorias en todos los países, y no se levanta ninguna rebelión contra tí hasta los círculos del cielo. Vienen con los tributos al hom-

(4) No se usa nunca la palabra tributo ó impuesto hablando de Punt, lo cual prueba que este país no era propiamente vasallo.

(5) Obelisco de Constantinopla. Lepsius: *Monumentos*, tomo III, página 60, y en el título del príncipe de Kusch y del gobernador del país meridional de Nehi, ídem, 46 c.

(6) Nombre de pueblo que encontramos repetidas veces y que designa al parecer á los habitantes de la Siria septentrional y quizás á los del Sur del Asia Menor.

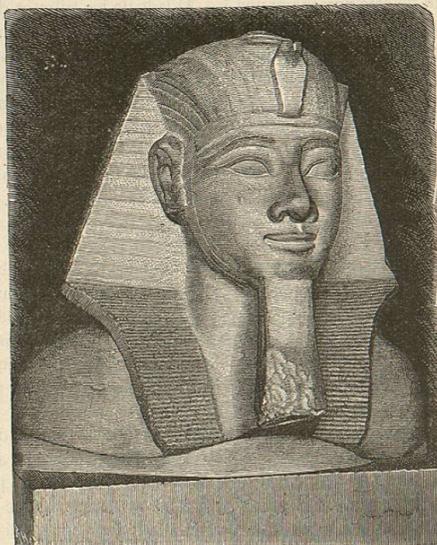
(7) La tradición es solo hipotética. La expresión, textualmente «que en sus  [viven,]» la vemos reproducida en la línea 17, en donde al lado de ella vemos citados «los países del camino (*tau nu maden*)» y donde se presentan como antagónicos á ellos «los habitantes de las islas del gran mar.»

bro y se inclinan ante tu majestad, como yo lo ordeno.» Luego se citan uno á uno todos los pueblos que el rey sojuzgó con ayuda de Amon, los príncipes de Zahi, los habitantes de Asia (1), el país del Este y, al Oeste, los países de Kafti (Fenicia) y de Asebi (Chipre), los habitantes de los puertos (? véase mas arriba), y los que viven en las islas del gran mar, los chenus y utentius (libios), los países que están detrás del gran mar y los países de delante, los habitantes de las arenas y por último los bárbaros de Nubia. Todo esto es una expresión de la gratitud del dios por los magníficos edificios que su amado hijo hizo construir en su honor.

Ya se comprenderá que la fama del gran conquistador no se extinguió en Egipto: ningún nombre de rey se nos presenta en los escarabajos empleados como amuletos con tanta frecuencia como el nombre de Tutmosis III, Menchepare, siendo indudable que solo una parte de ellos son realmente del tiempo en que gobernó este soberano, y que en los tiem-

pos posteriores se consideró su nombre amado por los dioses como dotado de poder curativo.

Por espacio de treinta y tres años gobernó Tutmosis III solo en Egipto, entregando su alma á los dioses el día último de Phamenos de su quincuagésimo cuarto año (oficial) de reinado. Sucedióle su hijo Amenhotep II, cuya subida al trono fué la señal de una sublevación en Siria. El nuevo soberano procedió sin embargo con energía, y una campaña emprendida en el Asia sometió una tras otra las ciudades rebeldes. Desgraciadamente, acerca de esta lucha solo poseemos algunas relaciones muy mutiladas, con el apoyo de las cuales puede asegurarse que el rey llegó hasta el Eufrates; que mientras eran conquistadas otras poblaciones, como por ejemplo Schemesch'adun, en Palestina, los habitantes de Nii, «hombres y mujeres, se presentaron en las murallas para venerar al rey» y se entregaron, y que en una batalla librada en el territorio de Tachi (probablemente en el Norte de Siria) fue-



Amenhotep II.

ron hechos prisioneros siete caudillos sirios, á quienes se condujo triunfalmente á Tebas, donde fueron ahorcados seis de ellos en las murallas de la ciudad, mientras el séptimo sufría igual suerte en Napata, mas hácia Nubia, para quitar á los negros las ganas de sublevarse. En la misma inscripción de Amenemhebi se dice que Amenhotep II «cortó las cabezas á los príncipes de los rebeldes.»

Ni Amenhotep II ni su hijo Tutmosis IV reinaron largo tiempo: respecto de este último sabemos que en el séptimo año de su reinado luchó en Nubia, y un guerrero Amenhotep que vivió en su tiempo, se titula «hombre del séquito de su majestad en todos los caminos contra los países del Sur y del Norte, que desde Naharain á Kari fué acompañando á su majestad.» De suerte que es posible que se repitieran las sublevaciones, lo cual fácilmente se comprende dado el carácter del régimen de gobierno egipcio. Lo que puede asegurarse es que durante ninguno de estos dos reyes ni durante el largo reinado (por lo menos 36 años) de su sucesor Amenhotep III se ampliaron las conquistas hechas. Esto no obstante, muchas inscripciones de este último soberano hablan de su «primera

(1) Textualmente el país de los bárbaros (Setet).

campaña» emprendida en el año quinto y dirigida contra el país de Kusch, y afirman «que ningún rey había realizado iguales hazañas.» Pero en realidad, esta expedición se redujo á una riza contra las tribus rebeldes que dió por resultado apoderarse de 740 negros vivos y de 312 manos de muertos. No tenemos noticia de ninguna otra lucha. Gustábase, en cambio, al rey poner en las paredes de los templos y en las estatuas listas de los territorios vasallos, en las cuales no podían naturalmente faltar Assur ni Sangar ni mucho menos los mentius de Setet. Cada día se generalizaba mas entre los Faraones la costumbre de copiar simplemente estas listas de sus antecesores. Por lo demás, Amenhotep III reinó sobre todo el imperio fundado por Tutmosis III, y existen muchos escarabajos de este rey que confirman este hecho con datos precisos. Otro escarabajo refiere que Satarna, el príncipe de Naharain, envió al harem del rey á su propia hija Kirgip con otras 317 mujeres. Cabe dudar que esta situación de poderío subsistiera hasta fines de su largo reinado.

Apenas podemos formarnos idea de las riquezas que de todas las partes del mundo aflúan á Egipto. Segun una inscripción consignada en la tumba del visir Rechmare, del tiempo de Tutmosis III, este funcionario pesó no menos de 36,692 te-

nes (de 90'96 gramos) de platino (electron) procedente de tributos, cuya cantidad equivale á unos 67 de nuestros quintales con un valor de 30 millones de reales aproximadamente (1). Solo con estos rendimientos se comprenden los magníficos edificios que mandaron construir los reyes del Nuevo imperio, debiéndose tener además en cuenta lo poco que costaban los trabajadores, pues en tales obras se empleaban los prisioneros hechos durante las guerras y los esclavos que como tributo proporcionaban la Siria y los países negros. «Aumentóse el número de siervos con los prisioneros que había hecho el rey en el teatro de la guerra,» dice el escribiente mayor de la gente joven, Amenhotep (2). Como su padre, hace constar también Tutmosis III repetidas veces en sus inscripciones que hizo trabajar á los prisioneros en la construcción de los templos de Tebas y que regaló á Amon muchos negros y negras. Los sepulcros de los magnates nos enseñan que los prisioneros sirios, vigilados por los oficiales de corveas, hacían ladrillos y confeccionaban argamasa, del mismo modo que explica el Antiguo Testamento hablando de los hijos de Israel (3).

Por otro lado, la prolongación de su horizonte antes tan limitado, el contacto inmediato con la civilización extranjera y muy desarrollada de Siria, ejercieron sobre los egipcios una influencia reparadora. Ciertamente no podía resultar de ello una nueva tendencia en la vida espiritual, pues para ello la cultura egipcia era demasiado cerrada y completa y hartó superior á la asiática; pero se fué adquiriendo acerca del mundo una opinión muy distinta de la que de él se había tenido hasta entonces, cuando se le creía reducido al valle del Nilo y á las dos montañas del desierto que á ambos lados se levantaban: además se tomó de los extranjeros lo que se creyó mas útil y mas propio, es decir, así como antes se habían tomado de ellos los caballos y los carros, á la sazón se les tomaron plantas, animales (4) y objetos artísticos como los pintados vasos y los utensilios de los sirios, fenicios y habitantes de las islas. Los egipcios copiaron en parte las formas de este arte, así es que en los tiempos posteriores se encuentran con frecuencia en los productos de sus industrias artísticas y aun en sus decorados religiosos los seres alados y las figuras híbridas. También puede reconocerse la influencia extranjera en el hecho de que los egipcios, á mediados de la décimotercera dinastía comenzaron á modificar sus trajes añadiendo al antiguo delantal que les arrancaba de la cintura una camisa y otras túnicas con muchos pliegues, á pesar de que nunca vistieron ropas de colores diversos como los sirios, sino fino lino blanco. En el mismo lenguaje empiezan á entrar palabras sirias y la necesidad de reproducir nombres de lugares y personas extranjeras es causa de una modificación profunda en la escritura, siendo entonces por vez primera indispensable á los egipcios marcar las vocales, cosa á que nunca había llegado su alfabeto (5).

En cambio la acumulación de gran número de elementos extranjeros fué causa funesta de que se perdiera cada día mas la pureza de la nacionalidad. Ya hemos visto que los sirios

(1) Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 39 d. Hay que tener en cuenta cuánto mayor que ahora era el valor de los metales preciosos en la antigüedad.

(2) Mariette: *Karnak*, 37, 31.

(3) Sobre todo Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 40-41.

(4) En tiempo de Tutmosis III se importaron grandes cantidades de unas y otros de Punt y de Etiopía, como en tiempo de Ha'tshepsut. Véanse los grabados en Mariette: *Karnak*, 28-31.

(5) Con la modificación gradual del idioma, con el cual no marchó ya de acuerdo la ortografía, ésta fué descuidada de un modo lamentable, siendo este descuido mayor de año en año. En los tiempos posteriores la traducción de palabras extranjeras en jeroglíficos fué muy poco mejor y mas fiel que la traducción que suele hacerse al inglés de las palabras extranjeras y de los nombres propios de la India.

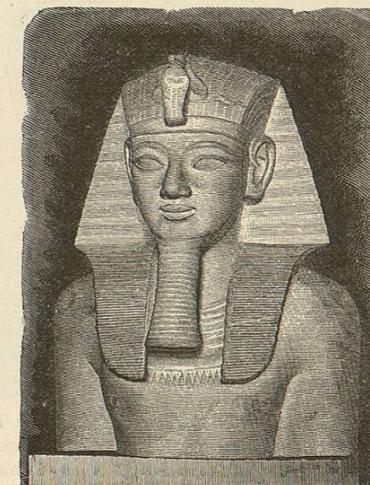
llevaron también á Egipto sus dioses, que se propagaron de un modo considerable en el país.

CAPITULO III

RELIGION Y CULTO

Repetidas veces hemos dicho que durante los turbulentos siglos que sucedieron á la duodécima dinastía alcanzaron su completo desarrollo las especulaciones religiosas que en el imperio Medio hemos estudiado. A principios del imperio Nuevo era cosa corriente entre todos los sabios que el dios del sol era el dios único y verdadero y el solo á quien en realidad se adoraba en las distintas formas de los innumerables dioses.

En los comentarios al capítulo decimoséptimo del Libro de los Muertos que se publicó en este interregno, se dice que Ra formó de sus miembros á los dioses de su séquito y que su nombre misterioso, que es el que ha de conocer el difunto,



Amenhotep III.

es aquel bajo el cual ha tenido cópula consigo mismo. El padre y el hijo, el dios del sol de ayer y el de hoy, Ra y Horu, son idénticos y se confunden en la unidad del Ra' Harmachuti (Harmachis), «Ra del Horu en el horizonte,» el dios verdaderamente nacional de los egipcios. El dios del sol es «el esposo de su madre,» la diosa del cielo, pues cuando él brilla en el cielo procrea de ella á su hijo, el dios de mañana, que no es mas que él mismo. El es el que existió en un principio, el que se engendró á sí mismo, el que creó el cielo, la tierra, el mundo inferior, los hombres y todos los seres vivientes.

Estas ideas, con pocas modificaciones, son las mismas en todo el Egipto: nacidas, como sabemos, en Anu (Heliópolis) y aplicadas, en un principio, á su dios del sol, Tum-Ra, fueron luego adoptadas por todos los lugares importantes del culto. Así, el nombre y el ritual del culto del dios supremo cambian en cada ciudad, ó mejor dicho, segun los dogmas oficiales de la teología, el dios único verdadero es venerado en los diferentes santuarios bajo formas y nombres distintos, á saber: como Chnum-Ra y Amon-Ra con la cabeza de carnero; como Sebak-Ra con la cabeza de cocodrilo; como Tum-Ra en forma humana con la corona real; como Ra' Harmachis con cabeza de gavián; como Min-Hor en forma itifálica, etc.